

La propuesta de Nietzsche: «Ver lo necesario como bello»

LUIS JIMÉNEZ MORENO

Es de notar desde el principio la actitud afirmativa, superadora, en la filosofía de Nietzsche y su mediación para sentir y crear bellamente, pues él se toma en serio el problema de la estética, como la actividad propiamente metafísica, en sentido schopenhaueriano.

Aquí referimos nuestra meditación al aforismo 276 de *El Gay saber*: «Quiero aprender cada vez más, a ver lo necesario como bello en las cosas y así seré uno de los que embellecen las cosas. *Amor fati*: que esto desde ahora esté en mi amor. No quiero acusar, tampoco quiero acusar al acusador. ¡Mi única negación sea *apartar la mirada!* Y de una vez y en grande, quiero en todo momento no ser más que un hombre siempre afirmativo.»

También, en *Así habló Zaratustra*¹, muestra Nietzsche bella y estimulante la admiración ante la necesidad: «Oh voluntad, cambio de toda necesidad! ¡tú, mi necesidad. Resérvame para una gran victoria!»

Lo que acontece necesariamente, lo que se nos impone por la fuerza de las cosas, que no puede ser cambiado en sí mismo, abre sin embargo una posibilidad de diferente actitud en el modo de vivirlo y quien vive conscientemente lo inexorable puede «ver lo necesario como bello en las cosas».

Es el desarrollo de su primera actitud científico filológica, cuando este joven profesor quiere expresar lo más hondo de la cultura griega en *El nacimiento de la tragedia*, donde manifiesta su profundamente sentida admiración por la vida y la cultura del pueblo heleno, en los últimos párrafos, con las palabras del extranjero que exclama: «cuánto tuvo que sufrir este pueblo para haber llegado a ser tan bello». De este modo, belleza y sufrimiento se hacen constitutivos de la vida trágica como puede ser afrontar con elevación, imprimiendo un bello sentido a cuanto la necesidad nos impone.

¹ «De las tablas viejas y nuevas», 30.

1. ACONTECER EN DEVENIR: NECESIDAD Y LIBERTAD

Hemos de tener en cuenta hasta qué punto intervienen *necesidad y libertad* en el acontecer humano. En cuanto acontece podemos distinguir cosmos, naturaleza, regidos por la necesidad y estrechamente unidas cultura-historia que aparecen como libertad.

Asimismo, como acontecimientos, podríamos analizar el acontecer en general y como actuaciones de los hombres, sentir, conocer, proyectar, crear. Contando con todo ello aparece en los hombres la actitud de superación, rendición y, en último término, creación que puede ser el modo de realización humana.

Nietzsche reconoce, en sus diferentes obras, la necesidad que rige el acontecer. «Todo es necesidad —así lo dice el nuevo conocimiento: y este mismo conocimiento es necesidad. Todo es inocente: y el conocimiento es el camino para la visión proyectiva de esta inocencia. El placer, el egoísmo y la vanidad son *necesarios* para la generación de los fenómenos morales y de sus brotes más elevados, del sentido para la verdad y la justicia del conocimiento, el error y la aberración de la fantasía eran el único medio mediante el cual la humanidad podía elevarse gradualmente a este grado de iluminación y redención propias —¿quién pudiera menospreciar ese medio?... «Todo está fluyendo es verdad—: pero *todo está también* en la *corriente*: hacia un fin. La costumbre heredada de la valoración equivocada, del amar y del odiar puede continuar dominando, pero bajo la influencia del creciente conocimiento puede hacerse más despierta»².

En medio de este acontecer necesario se encuentra el hombre y puede inventar ficciones o equivocarse, pero no hay propiamente fines. «No es todo fin lo que así se llama y mucho menos todo voluntad. Y si quisierais concluir '¿hay pues solamente un reino, el de los acasos y de la tontería?' —así hay que añadir: sí, tal vez sólo hay un reino, acaso no hay ni voluntad ni fines y nos lo hemos imaginado. Aquellas manos de hierro de la necesidad que sacuden el cubo de dados de la necesidad juegan un juego de tiempo infinito, al que *tienen que* preceder lanzamientos que vemos como perfectamente semejantes a la finalidad y a la racionalidad»³.

También podemos ver la necesidad referida a los valores, en los escritos póstumos, cuando propone «Necesidad de una *puesta* objetiva de *valores*»⁴ a propósito de fines y causas, las referencias a «para qué» y «por qué» que pueden ser falsos como justificación del mundo de la vida siendo «evidente que hacerse consciente es sólo un medio más para el despliegue y ampliación del poder de la vida». Pero a ello contraponen Nietzsche: «Mi *objeción fundamental* a todos los cosmos y teodiceas filosófico-morales, contra los *porqués* y *más*

² *H.d.H.*, I, 107.

³ *Aurora*, 130.

altos valores en la filosofía actual y en la filosofía de la religión. *Se ha entendido mal una especie de los medios como finalidad: la vida y su incremento de poder*, por el contrario, quedó reducida a *medio*».

La filosofía referida a naturaleza y cultura ha reflexionado sobre el surgir necesario de valores construyendo metafísicas y morales, formulaciones intelectualizadas y bien construidas que se imponen como verdaderas por encima de la vida y acomodándose, queriendo poner razón y orden.

A esto contraponen Nietzsche: «Razón es también una excepción en mí, dijo Zaratustra: caos y necesidad y torbellino de estrellas —esto es también la regla en el mundo más sabio»⁴. Es la conciencia de la exigua presencia en el acontecer de lo propiamente racional y ahí están los modos de aceptar lo que sigue habiendo de caos, necesidad y torbellino de estrellas. Esta situación le crea tensión y perplejidad continua a Nietzsche en *H.d.H.*⁵: «Vuelve sobre los pasos por los que la humanidad hizo su gran camino apasionado a través del desierto del pasado: de ese modo eres instruido con máxima certeza hacia adonde no puede o no le es lícito ir nuevamente a la humanidad posterior. Y el querer atisbar con antelación, con todas tus fuerzas, como se anuda todavía el nudo del futuro, tu propia vida recibe el valor de un instrumento y un medio para el conocimiento. Lo tienes en la mano para conseguir que todo lo vivido: las experiencias, extravíos, errores, engaños, pasiones, tu amor y tu esperanza quedan absorbidos en tu meta sin descanso. Esta meta es, propiamente hacerse una cadena necesaria de círculos-culturales y desde esta necesidad hacia la necesidad en camino para completar una cultura general.»

La complejidad del proceso de aconteceres cósmicos y culturales exige clarificar qué hay de parte propiamente humana en todo ello, siempre precaria y siempre inquietante. Por lo mismo, problematiza Nietzsche en *El Gay Saber*⁷: «Pero ¿cómo podemos nosotros censurar al universo! Guardémonos de atribuirle insensibilidad o sinrazón o sus contrarios. No es ni perfecto ni bello ni noble ni quiere ser nada de eso, no intenta en absoluto imitar al hombre. No es alcanzado en modo alguno por ninguno de nuestros juicios estéticos y morales. Tampoco siente instinto de conservación ni instinto en absoluto. Tampoco admite leyes. Guardémonos de decir que hay leyes en la naturaleza. Sólo se dan necesidades...»

Lo que es preciso afirmar del acontecer, ante todo, es caos, necesidad y torbellino de estrellas, ante lo que se esfuerza azarosamente la actitud y la actividad de los hombres. Por eso Nietzsche lleva su propuesta clarificadora a la actitud, al modo de afrontarlo y hacerlo valer en uno mismo mediante la «superación» y la «redención» de *Así habló Zaratustra*, pero va describiendo

⁴ *Esc. Póst.*, otoño de 1887, 10 [137] (249).

⁵ E. P., noviembre de 1882 - febrero de 1883, 5 [1] 97.

⁶ *H.d.H.*, I, 292.

⁷ G. S., 109.

esta disposición humana en escritos anteriores, recurriendo a la capacidad artística y su visión estética.

«Si pudiéramos imaginarnos una encarnación de la disonancia —¿y qué otra cosa es el ser humano?—, esa disonancia necesitaría, para poder vivir, una ilusión magnífica que extendiese un velo de belleza sobre su esencia propia. Ese es el verdadero propósito artístico de Apolo: bajo cuyo nombre reunimos todas aquellas innumerables ilusiones de la bella apariencia que en cada instante hacen digna de ser vivida la existencia e instan a vivir el instante siguiente»⁸.

La necesidad rige el acontecer y en el acontecer existimos sometidos a esa misma necesidad, pero en el modo de ser humano es posible tomar actitud propia en el modo de vivirlo y ahí tiene cabida la elevación, el estímulo, la visión estética que hace suyo el acontecer en cuanto le atañe y viene la admirable expresión de Nietzsche que proponemos como título:

«Quiero aprender, cada vez más, a ver lo necesario como bello en las cosas, y así seré uno de los que hacen bellas las cosas.»

Este modo de acercarse a lo que acontece en la vida, que *lógicamente* puede parecer contradictorio, pues «sólo como fenómeno estético se justifica el mundo y la existencia», puede entenderse y hacerse tolerable por los símbolos⁹: «cuanto más advierto en la naturaleza aquellos instintos artísticos omnipotentes y, en ellos, un ferviente anhelo de apariencia, de lograr una redención mediante la apariencia, tanto más empujado me siento a la aceptación metafísica de que lo verdaderamente existente, lo Uno primordial, necesita a la vez, en cuanto es lo eternamente sufriente y contradictorio, para su permanente redención, la visión fascinante, la apariencia placentera». Y el filósofo describe estos símbolos con el cuadro rafaelino de la *Transfiguración* «... la mitad inferior, con el muchacho poseso, sus desesperados portadores, los perplejos y angustiados discípulos, nos muestra el reflejo del eterno dolor primordial, fundamento único del mundo: la “apariencia” es aquí reflejo de la contradicción eterna, madre de las cosas»... y explica el «simbolismo artístico supremo» mediante lo apolíneo. «Pero Apolo nos sale de nuevo al encuentro como la divinización del *principium individuationis*, sólo en el cual se hace realidad la meta eternamente alcanzada de lo Uno primordial, su redención mediante la apariencia: él nos muestra con gestos sublimes cómo es necesario todo el mundo del tormento, para que ese mundo empuje al individuo a engendrar la visión redentora, y cómo luego el individuo, inmerso en la contemplación de ésta, se halla sentado tranquilamente, en medio del mar, en su barca oscilante.»

Se significa en estas nociones la vivencia íntima indefinible, pero que se da

⁸ N. T., 25.

⁹ N. T., 4.

a entender por el artista en esos símbolos pictóricos de Rafael, que Nietzsche psicoanaliza con tanta profundidad y sugerencia.

Pero no sólo lo figurativo, sino también en la vivencia rítmica del lírico y en el simbolismo universal de la música, como mejor unión de lo apolíneo y de lo dionisiaco, en símbolos musicales, se expresa la contradicción primordial y el dolor primordial existentes en el corazón de lo Uno primordial.

Podemos insistir en las referencias a expresiones simbólicas en el modo de sentir y vivir lo espantoso del acontecer originario por las contradicciones que imponen en el ámbito de lo lógico y el inevitable tormento en el sentimiento psicológico, con este entusiasmo por la música, como lenguaje universal¹⁰.

2. COMPRENSIÓN Y SÍMBOLOS ARTÍSTICOS

Ante el acontecer necesario y la acción humana que interviene culturalmente en el acontecer histórico, podemos advertir las leyes de la naturaleza que descubre el conocimiento en su afán de verdad, expresándolos en símbolos.

«La razón es una excepción, también en mí, dijo Zaratustra: el caos y la necesidad y el torbellino de las estrellas —esto es también la regla en el mundo más sabio»¹¹. Este planteamiento del acontecer, no mera ni claramente racional, es el que descubrimos, y así lo hace suyo en el *Nac. de la trag.*¹²: «Si pudiéramos imaginarnos una encarnación de la disonancia —¿y qué otra cosa es el ser humano?—, esa disonancia necesitaría, para poder vivir, una ilusión magnífica que extendiese un velo de belleza sobre su esencia propia. Ese es el verdadero propósito artístico de Apolo: bajo cuyo nombre reunimos

¹⁰ «Este es el fenómeno del lírico: como genio apolíneo, interpreta la música por la imagen de la voluntad, mientras que él mismo, completamente desligado de la avidez de la voluntad, es un ojo solar puro e inalterable.

Toda esta discusión se sostiene por el hecho de que la lírica depende tanto del espíritu de la música, como la música misma, en su completa carencia de límites, no *necesita* ni la imagen ni el concepto, sino que lo *soporta* a su lado. La poesía del lírico no puede declarar nada que, en su universalidad y en su validez general, no esté ya en la música, que le forzó a los símbolos. Precisamente por eso, el simbolismo universal de la música no puede ir, en modo alguno, acompañado del todo por el lenguaje, porque éste se relaciona simbólicamente con la contradicción y el dolor primordiales en el corazón de lo Uno-primordial, de tal modo que simboliza una esfera que está por encima de y es anterior a toda apariencia. Toda apariencia es más bien mera semejanza frente a ella, por lo que el *lenguaje*, como órgano y símbolo de la apariencia, no puede nunca, en ninguna parte, dirigir hacia afuera lo profundamente interior de la música, sino que, en cuanto se aventura a imitar a la música, permanece siempre sólo en contacto externo con ella, mientras su sentido más profundo mediante toda su elocuencia lírica, tampoco puede aproximarnos ni un solo paso» *N. T.*, 6.

¹¹ *E. P.*, noviembre de 1882 - febrero de 1883, 5 [1] 97; 202.

¹² *N. T.*, 25.

nosotros todas aquellas innumerables ilusiones de la bella apariencia que en cada instante hacen digna de ser vivida la existencia e instan a vivir el instante siguiente.»

La puesta del hombre en el ejercicio vital, que es también acontecer, tiñe de ilusión a la necesidad, embelleciéndolo apolíneamente, sintiendo la fuerza dionisíaca, trágica e informe de suyo.

Se hace preciso en el vivir humano una cautela de los espíritus libres como un heroísmo refinado en sus modos de vivir y de pensar¹³: «Se da un *heroísmo refinado*, en el modo de vivir y de pensar, que rehúsa ofrecerse a la gran veneración de las masas, como acostumbra a hacerlo su hermano más insolente y a caminar silencioso por el mundo y desde el mundo. Lo que también recorre a pie, a modo de laberintos bajo cuyas rocas, a través de una corriente se ha atormentado —sale a la luz y así recorre su camino clara, ligeramente y sin miedo y pone en juego la luz del sol hasta el fondo.»

3. LA TRAGEDIA COMO VIVENCIA ENTRE EL ACONTECER NECESARIO Y LA DISPOSICIÓN HUMANA

Nietzsche declara *Incipit tragedia* cuando Zaratustra se dispone a comenzar su misión y se dirige al *gran astro*. «¡Oh gran astro! “Qué constituiría tu dicha si no tuvieras a quienes iluminar!...”»¹⁴.

La significación de los vivientes hace aparecer la alegría, hace que se le dé sentido al impresionante y grandioso acontecer de los astros, de cuanto necesariamente arrastra y atrae a los vivientes. ¿Cómo vive el hombre este acontecer necesario, en el que se encuentra inmerso? «Toda la vida humana está profundamente hundida en la no-verdad —escribe¹⁵— el individuo no puede sacarla fuera de esta fuente, sin volverse rencoroso además con su pasado por razones muy profundas, sin encontrar disparatados sus motivos actuales como los del honor, y apremian en sí mismos hacia el futuro y hacia la felicidad. ¿Es verdad si quedase de sobra todavía sólo un modo de pensar, atrajese hacia sí la desesperación como suceso personal, una filosofía de la destrucción como suceso teórico?» Esto escribe Nietzsche, después de haber iniciado el aforismo «*Para tranquilizar*», con la pregunta: «¿Pero es que nuestra filosofía no se hace así tragedia?»

La filosofía, el conocimiento, incapaz de comprender a su manera la compleja, ilógica realidad vital que nos hace recordar a Unamuno en *El sentimiento trágico de la vida*, cuando tiene que afirmar: «es un trágico combate, es en el fondo la tragedia, el combate de la vida con la razón»¹⁶.

¹³ *H.d.H.*, I, 291.

¹⁴ *G. S.*, 342.

¹⁵ *H.d.H.*, I, 34.

¹⁶ *S. T. V.*, V.

Es la impresión constante que pretende manifestar Nietzsche, con símbolos estéticos en *El nacimiento de la tragedia*. «De estos tonos exhortativos volviendo a deslizarse hacia la disposición de ánimo que se acomoda a lo contemplativo, repito yo que sólo puede aprenderse de los griegos lo que tiene que significar tal despertar súbito de la tragedia, como un milagro, para el fundamento más íntimo de la vida de un pueblo. Es el pueblo de los misterios trágicos que libra las batallas persas: y el pueblo necesita otra vez lo que ha conducido a aquellas guerras, la tragedia como necesaria bebida de salud»¹⁷.

La fuerza trágica, como lucha, se muestra en el arte y se vive en la vida y, por lo mismo, añade: «Tenemos que acordarnos del poder enorme de la *tragedia*, poder que excita, purifica y descarga la vida entera del pueblo; su valor supremo lo presentiremos tan sólo si, cual ocurría entre los griegos, ese poder se nos presenta como el compendio de todas las fuerzas curativas profilácticas, como el mediador soberano entre las cualidades más fuertes y de suyo más fatales del pueblo.

La tragedia absorbe en sí el orgiasmo musical más alto» (*ibid.*).

La íntima unión de la tragedia con la vida, por la imposibilidad de reducir voluntariamente a claridad pensada mi acontecer, como la lucha del héroe con su destino, hace que esa contradicción imposible de armonizar los contrarios que persisten sin avenirse, hace que ese persistir sin armonía en el propio interior del viviente, que aun así, afirma la vida, es necesariamente trágica y es mediante el arte, como puede darse a entender y hacerse tolerable.

4. ACTUACIÓN SUPERADORA

Este hombre inmerso en el acontecer necesario y participando con su disposición en cuanto puede clarificar y aun contando con lo inclarificable, tiene su parte en el proceso en el cual no se deja llevar meramente, sino que pone culturalmente su estilo, su modo de vivirlo y hacerlo suyo, aun contando con la (lógica) contradicción insobornable. A ello acude Nietzsche con «la superación» y «la redención».

Desde la noción de «verdad», voluntad de hacer pensable todo cuanto existe, que no se aviene en su integridad con lo que realmente acontece, Nietzsche descubre la «voluntad de poder», esa expresión que aúna pulsión, esclarecimiento y valoración, al mismo tiempo, propia de los seres vivos, que en grado supremo corresponde a los vivientes humanos por su conocimiento, por hacerse conscientes de su realidad vital. La vida es superación «lo que siempre ha de superarse a sí mismo»¹⁸ y esto se acentúa también en la noción de hombre «algo que debe ser superado»¹⁹. Por lo que puede afirmar: «Y tam-

¹⁷ N. T., 21.

¹⁸ A. h. Z., II.ª De la super. de sí mismo.

¹⁹ *Ibid.*, Pról. 3.

bién tú, el que está camino de conocer, eres solamente una senda y las huellas de mi voluntad: en verdad, ¡mi voluntad de poder también camina con los pies de tu voluntad de verdad!»²⁰.

Cuando podemos clarificar en el conocimiento, como aspiración intelectual de verdad, no es exactamente el acontecer pleno, pero sí es un modo de desarrollar mi potencia, mi poder, mi exaltación de cuanto me acontece y por lo mismo el filósofo de Zaratustra completa esta actitud superadora, propia de todo viviente con su llamada a «la redención», que es cuanto cabe de afirmación más propia de fidelidad a la realidad misma, «fieles al sentido de la tierra», con voluntad creadora.

Alude Zaratustra a los hombres que no son más que un gran ojo, una gran boca, un gran vientre o cualquier otra cosa grande, a los que llama lisiosos, porque su deformidad les impide realizar la plenitud en todas sus dimensiones. Y entre todos los problemas que se plantea, viene a decir²¹:

«Y, cómo podría yo soportar, ser hombre, si el hombre no fuera también poeta, adivinador de enigmas y redentor del azar!

Redimir a los pasados y todo “fue” para crearlo transformado en un “¡así lo quise yo!” —¡esto lo llamé primeramente redención!»

Hacer propio el mejor modo de vivir cuanto nos acontece imprimiéndole nuestro gesto con sello humano.

Todo el capítulo despliega esta situación del viviente que tiene conciencia ante el acontecer irreversible y su avenirse con el tiempo y el dolor.

«Y puesto que en el que quiere hay sufrimiento, porque no puede querer volver —por eso el querer mismo y toda vida debió— ¡ser un castigo!

Y ahora se echó una nube en otra nube por encima del espíritu: hasta que por fin anunció la locura: “¡todo pasa, por eso todo merece pasar!”.

“Y esto es precisamente la justicia, aquella ley del tiempo que debe devorar a sus propios hijos”: así predicó la locura.

“Moralmente las cosas están ordenadas según derecho y castigo. Oh ¿dónde está la redención del fluir de las cosas y del castigo “existencia”. Así predicó la locura.

“¿Puede haber redención, si existe un derecho eterno?, la piedra “esto fue” no puede volverse: ¡también los castigos todos tienen que ser eternos!” Así predicó la locura.»

Estos párrafos tienen su cumbre en las afirmaciones zaraustrianas del mismo capítulo:

«Yo os aparté de estas canciones de fábula, cuando os enseñé: “La voluntad es un creador”:

Todo “fue” es un fragmento, un enigma, un espantoso azar —hasta que la voluntad creadora añade: “¡pero así lo quise yo!”

²⁰ *Ibid.*, II.a De la sup. de sí mismo.

²¹ *A. h. Z.*, II.a De la redención.

—Hasta que la voluntad creadora añada: “Pero así lo quise yo! ¡Así lo querré!”»

Tal es la disposición superadora, redentora y creadora a que puede aspirar la voluntad propia para hacer su modo propio de vivir, su acontecer, poner sentido humano, «ver lo necesario como bello en las cosas».

Es permanente un pronunciamiento semejante en muchos otros pasajes de Nietzsche. Cuando escribe acerca de «las tablas viejas y nuevas, 2», también invoca al redentor del mundo como poeta, el que da sentido y abre su futuro a la tierra²².

Y abunda sobre la misma preocupación de un sentido redentor humano en *Genealogía de la moral*, refiriéndose a «la gran salud»²³: «¿Es meramente posible ésta, precisamente también hoy? [...] Pero alguna vez, en tiempos más fuertes que lo es esta actualidad podrida y escéptica de sí misma, tendrá que venir el hombre *redentor* del gran amor y del gran desprecio, el espíritu creador al que su fuerza apremiante le hace apartarse siempre otra vez de todo estar fuera y de todo más allá, cuya soledad es malentendida por el pueblo, como si fuera una huída ante la realidad — mientras no es más que su inmersión, su enterramiento y su profundización en la realidad, para que él, desde ella, alguna vez, si de nuevo viene a la luz, traiga a casa la *redención* de esta realidad: su redención de la maldición que el ideal anterior le ha impuesto. Este hombre del futuro, que nos redimirá del ideal anterior del mismo modo que de todo aquello *que de ello debiera generarse*, del gran asco, de la voluntad de nada, del nihilismo, esta campanada del mediodía y de la gran decisión, que hace nuevamente libre a la voluntad, que devuelve a la tierra su meta y al hombre su esperanza, este anticristo y antinihilista, este vencedor de Dios y de la nada — éste tiene que venir alguna vez...»

5. LA ACCIÓN CREATIVA HUMANA

La disposición afirmativa de Nietzsche se expresa incesantemente con un sí a la vida, a pesar de todas sus dolorosas vicisitudes y repite más de una vez: «¿era esto — la vida? quiero decirlo a la muerte. — ¡Ea! ¡Que sea otra vez!»²⁴.

²² «Cuando vine a los hombres, los encontré sentados en una vieja petulancia: todos parecían que sabían ya desde hacía mucho tiempo, lo que es bueno y malo para el hombre.

Todo discurso sobre virtud les parecía una cosa vieja y cansada; y quien quería dormir bien, hablaba todavía antes de ir a dormir de “bueno” y “malo”.

Yo espanté esta somnolencia cuando enseñé: lo que es bueno y malo, *esto no lo sabe nadie* — ¡a no ser el creador!

Pero éste es el que crea la meta del hombre y da su sentido y su futuro a la tierra, éste es el primero que *crea que* algo sea bueno y malo.

Y yo les mandé derribar sus viejas cátedras, y donde sólo se habían sentado aquellas viejas presunciones; yo les mandé reír sobre su gran virtud. Maestros y santos y poetas y redentores del mundo» (*A.h.Z.*, III.a, De las tablas v. y n., 2.

²³ *G. M.*, II, 24.

Y en sus cantos a la vida que son una y otra «canción de la danza», declara: «Desde lo más hondo yo amo solamente la vida — y, en verdad, ¡la amo muchísimo más cuando la odio!»

La acción cultural propia de la vida humana, siendo vital, para Nietzsche, no puede reducirse a racionalidad cognoscitiva y moral costumbrista, ha de fomentar una reflexión filosófica que aúne vida, filosofía y arte que así genera libertad. «Mi tarea general es mostrar cómo vida, filosofía y arte pueden tener una profunda relación recíproca de parentesco, sin que la filosofía sea superficial ni la vida del filósofo engañosa.

Es grandioso que los antiguos filósofos podían vivir *tan libres* sin llegar a ser con ello locos ni virtuosos. La libertad individual era inmensamente grande»²⁵.

Esta actitud constante la confirma en «Ensayo de autocrítica, 2», a propósito de su primer libro *El nacimiento de la tragedia*, pues «... aquella tarea a la que este temerario libro osó por vez primera acercarse — *ver la ciencia con la óptica del artista, y el arte, con la de la vida*».

Es admirable el empeño en tomarse en serio la estética, como propiamente metafísica en sentido schopenhaueriano, para comprender estéticamente, no lógicamente, la realidad, cuando afirma «sólo se justifica eternamente la existencia y el mundo como fenómeno estético»²⁶, y desde su número primero había sugerido ya la vida misma como obra de arte. «El hombre no es ya un artista, es una obra de arte; el poder estético de la naturaleza entera, por la más alta beatitud y la más noble satisfacción de la unidad primordial, se revela aquí bajo el estremecimiento de la embriaguez».

Y como tratamos de enfrentarnos a la realidad en lo que acontece, en lo que nos vamos realizando, lo vemos como proyecto educacional de vida bella. «Como fenómeno estético la existencia nos resulta siempre soportable, y por medio del arte se nos han dado ojos y manos, y buena conciencia ante todo para *poder* hacernos a nosotros mismos un fenómeno semejante»²⁷.

Por ello, y según su propósito, la estética no puede reducirse a la consideración teórica de definir platónicamente *qué es la belleza* o reflexiones sobre lo bello en sí, sino una consideración efectiva transformadora y realizadora que llegue a hacerse un modo de comprender simbólica, bellamente la realidad y hacer efectiva una realización valiosa, no alienante, sino engrandecedora de la existencia. «Nuestra estética fue una estética femenina hasta ahora, al no haber formulado, quienes fueron sensibles al arte, más cuestiones que sus experiencias sobre “qué es bello”. En toda la filosofía hasta el presente falta el artista... Esto era una falta inevitable como lo daba a entender lo que estaba sucediendo: pues el artista que empezase a comprenderse, con ello se *ma-*

²⁴ *A. h. Z.*, IV.ª, La canción ebria.

²⁵ *Werke* (SCHLECHTA), III, 337.

²⁶ *N. T.*, 8.

lentendería —no tiene que mirar atrás, ni tiene que mirar en absoluto, tiene que dar.

Honra a un artista ser inhábil para la crítica, de lo contrario él es a medias, es “moderno”.

Nuestra religión, moral y filosofía son formas de *decadencia* del hombre.

*El movimiento opuesto: el arte*²⁸.

Ante las consecuencias alienantes de palabras vanas, ajenas a lo efectivamente vital, por conformarse mediante estructuras y concatenaciones de palabras puramente intelectualizadas, no tendrá nunca lugar si el cognoscente se atiene a la vivencia estética y la expresión simbólica. El sentir honda, bellamente, mantendrá siempre el apego a lo real apremiante, ineludible y la intención comunicativa no se logrará plenamente por la expresión denotativa, sino por el símbolo que hace caer en la cuenta de una realidad vital, propiamente humana, en cuanto me afecta y del modo que me importa, que cada uno vive, siente y hace suya de manera inalienable.

²⁷ G. S., 107.

²⁸ E. P. (SCHLECHTA), *Werke*, III, 717.